PALABRAS

PRONUNCIADAS

POR

VICENTE DAVILA

En el acto de colación del grado de

DOCTOR

EN CIENCIAS MEDICAS

Imprenta Oficial-Merida

Ciudadano Rector:

Señores Profesores y Académicos:

Señores:

AL coronar esta cumbre me siento fatigado, es el cansancio propio de todos los viajeros; pero al mismo tiempo subo con la conciencia satisfecha.

La fatiga es natural: son quince años de luchas, de privaciones y de inconvenientes que he vencido, que he sobrellevado y que he tenido que soportar para poder colocar sobre mi frente un lauro, cuyo acto estamos celebrando.

Y la satisfacción de la conciencia es lógica: porque cuando se ha triunfado, y el triunfo ha sido al través de muchos años de constancia, de algunas cuantas noches de insomnio y de una que otra lágrima; y ese triunfo ha sido además, debido únicamente á nosotros mismos, la satisfacción del yo se impone como

suficiente recompensa á nuestros sacrificios.

Pero en el camino de la vida las luchas son múltiples; acabo de librar la primera, que quizá sea la menos cruenta en mi destino.

Porque en ésta, sólo luché contra mis propias inclinaciones, y las vencí; sólo luché con uno que otro inconveniente, que á manera de guijarros encontraba en mi sendero, y los aplasté; y en esto no hice otra cosa, sino ejercitar mis energías para prepararme á luchar con ese desconocido, implacable en sus designios: *el destino.*

Y prepararme para esa lucha con los hombres, tanto más sangrienta cuanto que en ella se despedazan las conciencias y se destroza el sentimiento.

Y apercibido para ello salgo de las Universidades, llevando como contingente mis estudios, mi temperamento, mis ambiciones y mis ideas.

Los estudios de las ciencias médicas; por ellos seguimos paso á paso, al organismo del hombre en sus múltiples manifestaciones, y lo encontramos en la escala zoológica como el animal más perfeccionado.

Con la Fisiología nos explicamos

la vida y sus fenómenos, por el permanente movimiento del protoplasma.

Por medio de la química, la gran ciencia de la humanidad, vemos que por las diferentes combinaciones de los cuerpos simples, adoptando este ó aquel molde, pero sin perder y sin crear nada, aparece la multiplicidad de seres tanto brutos como inteligentes que pueblan el planeta.

Y por medio de la patología, deducimos como consecuencia estricta, que el hombre en sus distintas edades es un ser condenado al dolor.

Ella también, después de muchos siglos, en los cuales las investigaciones de los sabios han ido descorriendo el velo que cubría los misterios morbosos, nos ha presentado algunas neurosis tales como el histerismo, epilepsia y catalepsia, como grandes factores en la mitología y cuna de todas las religiones.

Hoy sabemos que el parapeto de todos los milagros, que han dado tanto que hacer en la conciencia de los pueblos y que forman como el pan de las multitudes, no son otra cosa que fenómenos neuróticos.

Pues hemos visto que los mudos que hablaban, los sordos que oían, los

ciegos que veían, los paralíticos qne andaban y los poseídos del demonio, no eran sino curaciones de las manifestaciones patológicas del histerismo, de esa neurosis santificada por los reformadores y bendecida por la humanidad.

Neurosis sobre la cual, sólo obra como terapéutica eficaz la sugestión ó la autosugestión.

Para la primera, los hombres superiores: bien sean sabios ó genios que construyen religiones.

Para la segunda la fé, ese principio de convicción, que á manera de una fuerza poderosa reside en la conciencia.

Y si Budda, Jesús, Mahoma y otros reformadores basaron sus doctrinas en las manifestaciones morbosas de esas neurosis, no hicieron sino seguir las creencias de la época, en la cual, por atraso de las ciencias médicas se tenían como fenómenos sobre naturales, las que hoy se juzgan simplemente casos patológicos.

Y en tanto que la ciencia es el pan de las almas redimidas de la ignorancia, de los errores y preocupaciones de los siglos, el milagro y sus leyendas, sigue siendo el pan de la multitud, puesto que su creencia significa desconocimiento de

las leyes naturales y de los adelantos del progreso científico.

Por la ciencia explican sus apóstoles los fenómenos vitales; y en ese caos que rodea el génesis de las ideas yá empieza á descorrerse también el velo.

Se ha encontrado un lugar en donde se localiza la palabra para formar los grandes oradores—La circunvolución de Broca.

Y centros que dirigen la escritura, la audición y uno que otro funcionamiento fisiológico.

Y si la ciencia tomando la materia primitiva ha probado que el hombre es una resultante de las combinaciones atómicas, desvirtuando de ese modo la base de todas las teogonías, en cambio le ha dado su verdadero lugar en el planeta.

Ser viviente, que como todo lo que vive en nuestro globo, tiene su forma y cualidades propias pero sujeto á todas las mutaciones y transformaciones de la materia.

Ella ha demostrado al hombre que ni su nacimiento, ni su destino, ni su muerte tomados en sentido general, son premio ni castigo; sino el eterno cumplimiento de las invariables leyes naturales.

De donde surge esta idea: todo hom-

bre que siga paso á paso las evoluciones orgánicas, tiene que hacerse màs religioso, en el seno de la gran religión de la Naturaleza.

Para ese hombre debe haber un culto: la razón; y un evangelio: el cumplimiendel deber.

De aquí que el médico, por el mismo hecho de que conoce mejor la formación del hombre, está en el deber de acojerse más á la verdad y practicar sus cánones.

Por esto mismo su misión tiene algo de nobleza: la de ser benefactor de la humanidad.

Y también mucho de religiosa: la de ser sacerdote del dolor.

Pero como social que es el hombre y como hijo de una patria á quien se debe llevar por contingente lo que sé es y lo que se tiene, no son siempre sus principales deberes enjugar lágrimas y aliviar los dolores del hogar, sino que por encima de estos se encuentran otros más sagrados.

Y cuando en el seno de la patria se ventilan asuntos de tan alta trascendencia como en la época presente, en la cual tantos conflictos internos como externos amenazan á Venezuela, sería no una debilidad sino una cobardía, que en vez de

tomar parte en los asuntos políticos fuera á refugiarme como un pusilámine en los aposentos de los enfermos.

Nó, lejos de mí esa triste elección! primero me debo á mi patria y por eso en aras de ella pondré cuanto valgan mis estudios, las energías con que cuento y las ideas de mi cerebro.

Quizás extrañe á algunos de los presentes, el que venga en la tribuna de las Ciencias Médicas á hablar de la política, pero es una estrañeza que para mí no tiene su razón de ser.

En primer lugar, todas las ciencias que se cursan en nuestras Universidades se resienten del influjo de la política que se desarrolle en el el país.

Y en segundo, creo que la misión más grande del hombre, siempre que se encuentre con facultades suficientes para ello, es la de servir á su patria en los asuntos públicos.

Misión, tanto mejor cumplida cuanto mayor caudal de observación, de estudios y de ideas concurra para ello.

Al salir de esta Universidad no sé á donde me llevará la fuerza de mi destino.

Pero mañana cuando por una imposición de las circunstancias, ó por la vo-

luntad de mis conciudadanos esté contribuyendo en la dirección de la cosa pública, uno de mis deberes será la instrucción: objeto principal de mis anhelos de patriota.

Formar al niño con el libro para que así sea menos inconciente el hombre sobre la tierra.

Emancipar las conciencias de tantas ligaduras absurdas que lo retienen al pasado, para que goce de libertad el espíritu humano.

Porque fecundando los cerebros por medio de la ciencia, el hombre cumplirá mejor con sus deberes de hijo, de esposo, de padre y de ciudadano.

Hacer luz en las conciencias, completando de ese modo la obra redentora de los genios, es una obligación de todos los que contribuyen en algo á la dirección de los pueblos.

Y creo este acto como oportuno, para significar á esta Ilustre Corporación, representante de las Ciencias en la Universidad de Los Andes, que uno de los Institutos docentes por el cual abogaré más, bien sea por la prensa, en el Congreso ó en otro puesto de significación será por éste; pues en él empecé y concluí mis estudios científicos.

Cuando lo haga, no habré hecho otra cosa que cumplir con un deber, como hijo que soy del pueblo andino.

Además, cábeme la satisfacción que este acto, en el cual la mayoría celebra la coronación de su carrera y que para mí tan sólo significa el principio de la mía, tiene lugar en el momento en que mis amigos, condiscípulos y compañeros se encuentran dirigiendo los destinos de Venezuela y de sus diversos Estados.

Este acto, señores, como lo que él significa y lo que representa para el porvenir es de mis padres y para ellos, como que son los factores de mi vida y los primeros formadores de mi conciencia.

Y al descender de esta tribuna me siento con orgullo, el orgullo del que ha sabido vencer para colocar sobre su frente como trofeo, un lauro de legítimos esfuerzos.

Señores profesores, os doy mi voto de gracias como cumple en todo acto de esta especie.

Mérida: octubre 30 de 1901.